

I. B. 2- EN CRISTO, Y ESTE, SACERDOTE

(Padre Fundador - Ejercicios Espirituales 1967)

El procurar la gloria del Padre es misión de todas las almas, la razón por la cual han sido creadas. El hacerlo “por Cristo, con Cristo y en Cristo” es doctrina teológica. Pues bien; dentro de este fin general, encontramos nosotros una nota distintiva del alma oblata: CONSIDERAR A CRISTO PRECISAMENTE COMO SACERDOTE.

Es una nota específicamente distintiva, porque ya nos fijamos en un algo que para nosotros va a ser el centro de nuestra vida. La santa obsesión por el Sacerdicio de Cristo es lo constitutivo del alma oblata, dentro del marco general de dar gloria a Dios como toda criatura.

Es verdad que, porque Cristo es Dios, Verbo hecho Hombre, será el Legislador, será el Profeta, será el Maestro, será el Taumaturgo, será el gran Predicador. Todo esto podríamos decir que son títulos, prerrogativas que lleva consigo el hecho de la Encarnación. Pero lo que es necesaria, ontológicamente, al hacerse Hombre el Verbo, es: SACERDOTE.

Luego, porque es el Señor, será el Rey; porque viene a enseñarnos, será el Maestro, el Profeta; porque viene a demostrar Quién es, será el Taumaturgo; porque va a hacer la gran obra glorificadora, será el Redentor. Pero, porque es CRISTO – “El Ungido”, el Verbo Encarnado– es SACERDOTE. En el mismo acto se da la Encarnación y la “Consagración Sacerdotal”. No es un acto posterior, una consecuencia: ES SU PROPIO SER. Las consecuencias son algo que se dan después. El ser se da en el mismo instante. **No hay un instante, por lo tanto, de la existencia de Cristo, en que no sea SACERDOTE.**

El alma oblata, con una mirada penetrante, profundísima, queriendo entrar en el misterio insondable del ser de Cristo, lo sorprende en el mismísimo primer instante: cuando el Espíritu Santo toma de la carne y sangre de la Virgen los elementos materiales y crea un alma, un alma que infunde a ese Cuerpo Sacratísimo, que une a la Persona Segunda de la Santísima Trinidad, quedando la Persona Única del Verbo Encarnado. El alma oblata sorprende ese Misterio. Sorprende ese primer instante y profundiza en lo más abismal del ser de Cristo. Pero hace falta que penetre en lo esencial del Sacerdicio de Cristo, para que pueda contemplar la grandiosidad de este Misterio.

Porque Cristo Sacerdote envuelve tres notas características, de las cuales, dos se dan en todos los sacerdotes, y la tercera se da en Cristo de manera plena y real.

– La idea de sacerdocio envuelve, primero, el ser “**mediador**”. El Sacerdicio supone una Divinidad, y supone una masa de seres que no son la Divinidad. Sacerdicio ha habido desde la creación del hombre. El sacerdote es el ser que se pone entre la Divinidad y la humanidad, haciéndose “puente” que une estos dos extremos tan distanciados, dada la altura de la Divinidad y la pequeñez de la humanidad. El concepto fundamental de Sacerdicio está ahí.

– El segundo aspecto o nota fundamental es su razón de ser: representar a la humanidad, de la que forma parte, en el acto de ofrecer a la Divinidad el sacrificio que Ella exige y merece. El sacerdote es el hombre “**destinado a llevar a cabo el sacrificio**” ante la Divinidad, en nombre de la humanidad. En el momento en que lo realiza es, precisamente, cuando está cumpliendo su misión de “mediador”. Porque el sacrificio va hacia Dios; pero es por los hombres.

– Por eso la tercera nota es la de “**sacrificador**”, aunque he dicho hace un momento que, de manera plena y real, solamente se da en Cristo. La idea de “sacrificador” implica forzosamente la existencia de una víctima que se sacrifique, que se inmole, que sea el objeto material de ese “sacrificio” que la humanidad ofrece a la Divinidad.

Ahora bien: lo interesante y específico de Cristo es que Él mismo es esa VÍCTIMA, cosa que no sucede con ningún otro sacerdote. **En Cristo, el Sacerdote y la Víctima se identifican.** Poner, pues, los ojos en Cristo es darnos cuenta de que es el Mediador, que viene a ofrecer un *Sacrificio*, en el cual Él es la *Víctima*; Víctima del Sacrificio que, como Sacerdote, lleva a cabo y ejecuta, siendo Mediador.

¡Lo que envuelve la palabra “Cristo Sacerdote”! Y el alma oblata va a procurar al Padre la gloria, “por Cristo, con Cristo y en Cristo SACERDOTE”. Por eso, es preciso que se percate de que, en Cristo SACERDOTE, lo esencial en cuanto a postura es, ante todo y, sobre todo, la INMOLACIÓN de Sí mismo.

¡Misterio insondable! ¡Cristo SACERDOTE!

El alma oblata penetra ese misterio con sencillez, pero con tal fuerza, que no sabe, que no puede pronunciar la palabra “Cristo” sin añadir espontánea e inseparablemente: SACERDOTE. No es que las demás almas no puedan contemplar y abismarse en este misterio. Todo el mundo puede y debería hacerlo. Sino que ella, el alma oblata, lo lleva sobre sí, incrustado en su alma, de tal manera que, sin que constituya lo específico de su vocación –repito una vez más–, sí da un tinte *especial* a todo su ser y vida.

Entonces, Hijos míos, al repetir las frases de san Pablo: “*Él nos eligió en Cristo, desde antes de la creación del mundo, siendo santos e inmaculados en su presencia por el amor, eligiéndonos para ser hijos adoptivos en Jesucristo, para ser alabanza de su gloria... en el Amado*”, nosotros vamos incluyendo, como por instinto, la palabra SACERDOTE. Y aunque no siempre lo digamos explícitamente, en nuestro interior no podemos separar los conceptos, como Cristo no puede separar el ser. El alma oblata pondrá siempre sus ojos en Cristo, para darse cuenta de cómo Cristo, en su ser sacerdotal, y precisamente por ser SACERDOTE Y VÍCTIMA a un tiempo, ha dado al Padre la máxima gloria: con su Sacerdocio, con su Sacrificio, con su Victimación.

Pero, además de dar al Padre la gloria infinita, ha hecho posible que se la den los hombres. Los hombres no podían dar gloria al Padre, porque el pecado les incapacitaba.

Pero, además, Cristo, con su Sacerdocio, Sacrificio y Victimación, ha alcanzado al hombre la gracia de ser, como Él, hijo de Dios: la gracia de la filiación divina. Ya no tendrá el hombre, como hombre, la posibilidad de dar gloria al Padre a secas, como un elemento del Universo, “por Cristo, con Cristo y en Cristo”. Sino que se la dará COMO CRISTO; es decir, como hijo. Es verdad que no será el Hijo Unigénito del Padre; será hijo adoptivo, pero con una adopción que supera toda adopción que inventen los hombres, legal y ficticia, de manera que aparezcan como hijos, aunque realmente no lo sean. No, aquí, el concepto de “adoptivo” se emplea para distinguir el de la filiación propia de Cristo, “*Luz de Luz, Dios de Dios... de la misma naturaleza... engendrado... no creado*”. Eso, ciertamente, no se da en nosotros. Pero tampoco es una filiación meramente legal, una ficción, sino una filiación VERDADERA; que consiste, no solo en que se nos declara, o se nos llama “hijos de Dios”; sino una filiación constitutiva, y hasta en cierto modo ontológica, porque participamos, tenemos la vida de Dios en nosotros.

¡Qué maravilla, lo que Cristo Sacerdote, y como tal Sacerdote, con su inmolación victimal ha hecho ante el Padre! ¡Qué gloria! ¡Cómo ha hecho posible que el hombre pueda dar gloria al Padre y, además, por la filiación que Cristo le consiguió, la dé como hijo, adoptivo, pero verdadero!

Hijos míos: que toda nuestra vida sea un “*cántico de alabanza a la gloria de su gracia*”. Que toda nuestra vida “*sea santa e inmaculada ante su presencia divina*”. Que toda nuestra vida sea “*el cumplimiento del beneplácito de su divina voluntad, que nos ha elegido en Cristo*” Sacerdote, para ser sus hijos adoptivos, con la gracia inmensa que nos consiguió en su Amado, Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, Víctima Inmolada.

Venerable padre José María García Lahiguera